

## INTERVENCIÓN DEL DIRECTOR

Excmo. Sr. Alcalde,  
Ilmos. Sres. Capitulares,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores :

Hay momentos en la vida de las instituciones en que todos los trabajos, los esfuerzos y hasta los inevitables sinsabores que a veces conllevan sus cargos de dirección se ven compensados con creces. Y éste es, sin la menor duda, uno de esos momentos. Es para mí un gran honor y un motivo de especial emoción hablar en nombre y representación de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en un acto tan importante como el de hoy, ante el Consistorio de la ciudad y de sus Academias, y en este solemne marco del Salón Colón, que es todo un símbolo de la historia de Sevilla.

Por segunda vez en muy breve plazo me encuentro en la gozosa circunstancia de intervenir como Director de Buenas Letras de Sevilla en un acto de especial trascendencia pública para la historia de la Academia. Y si el pasado 16 de abril, en el Real Alcázar, mis palabras reflejaban sobre todo la alegría por la celebración del 250 aniversario de nuestra fundación, hoy quieren ser expresión de la gratitud sincera de la Academia al Excmo. Ayuntamiento de la ciudad por este gesto de sensibilidad cultural y de reconocimiento a nuestra labor que supone la concesión de la Medalla de la Ciudad de Sevilla.

Gratitud que va dirigida en primer lugar al Sr. Alcalde, quien desde el primer momento impulsó la idea, y a los señores capitulares, que en su día votaron unánimemente en su favor y que hoy, a través de sus portavoces, han vuelto a declarar su apoyo explícito. También al Servicio de Protocolo del Ayuntamiento, que con su habitual competencia preparó el informe que sirvió de base y argumento a la decisión del Pleno municipal del pasado veintinueve de marzo. Quiero expresar asimismo nuestro agradecimiento más cordial a la Junta Directiva del Excmo. Ateneo de la ciudad, y en especial a su Presidente Don Enrique Barrero, que movilizó todas sus energías en pro de la propuesta. Y a cuantas entidades, asociaciones, centros culturales y particulares que en muy gran número se adhirieron a ella. Leer el voluminoso "dossier" que recogía todas esas adhesiones produjo en mí una gratísima impresión de alegría y de esperanza, pues tuve la ocasión de reafirmarme una vez más en lo que ya sabía: el gran apoyo social, el respeto y hasta el cariño que nuestra Academia suscita entre los sevillanos. La escasez de tiempo no me permite, como sería mi deseo, dar lectura a todas ellas, pero quiero dejar constancia pública de la emoción con que la Academia agradece su gesto. Recibir ahora la Medalla de la Ciudad es además un honor que hermana a la Academia con las ocho prestigiosas instituciones de Sevilla que la han recibido en el curso de los últimos cincuenta años: el Excmo. Ateneo, las Hermandades y Cofradías, la Real Maestranza de Caballería, la Congregación Salesiana, la Comandancia de la Guardia Civil, el Instituto San Isidoro, la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y la Real Academia de Medicina, entidades todas muy señaladas, como todos ustedes saben, en el servicio a la ciudad.

Es la segunda vez, por tanto, que el Ayuntamiento de Sevilla otorga este alto honor al mundo de las Academias. El año pasado le fue concedido a la de Medicina y Cirugía con motivo de su tricentenario, y pudimos escuchar en este mismo salón las palabras de satisfacción y agradecimiento de su Presidente Don Juan Jiménez Castellanos. La de Buenas Letras recibe hoy esta Medalla con el mismo gozo y el mismo talante agradecido, y sobre todo con la satisfacción de sentirse reconocida en su sostenida labor de dos siglos y medio al servicio de la cultura de Sevilla.

En la lectura del Acuerdo de concesión de la Medalla han podido oír ustedes una ajustada síntesis de lo que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras ha significado en la historia de nuestra ciudad y sus principales aportaciones en el orden de la investigación y el estudio de su patrimonio histórico- artístico, sus monumentos y su vida literaria. Pecaría, por ello, de redundancia y hasta de descortesía con ustedes si me reiterase en exceso en lo que ya se ha expuesto. Y tampoco sería de buen estilo académico ponderar en demasía los propios méritos.

Permítanme, sin embargo, que no desaproveche una ocasión tan solemne como ésta, y tan trascendental para la Academia, para hacer algunas reflexiones que , más allá de una visión historicista, pongan el acento en el sentido actual de nuestra labor, en el papel que una institución como la nuestra puede y debe cumplir en el mundo de hoy. Estoy seguro- y así se dice expresamente en el acuerdo del Pleno- que el Excmo. Ayuntamiento, al concedernos esta distinción, lo ha hecho animado también por ese mismo espíritu de presente, lejos, por fortuna, del fácil lugar común que asocia a las academias con el pasado. Ese talante de nuestra Corporación Municipal nos da, sin duda, renovadas esperanzas para seguir trabajando.

Como ya tuve ocasión de decir en la sesión del Alcázar, el mayor aval de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras está, qué duda cabe, en su brillante patrimonio , en esos dos siglos y medio de incesante labor que dan fe de su vocación investigadora, su rigor intelectual y su preocupación por Sevilla. Nuestra Academia, junto con la de Medicina, la Sociedad Económica de Amigos del País y otras iniciativas similares, fue la específica aportación sevillana al quehacer de esa activa minoría de ilustrados españoles animados por la pasión del intelecto. Dos términos éstos (“pasión” e “intelecto”) aparentemente contradictorios pero en verdad integrados por el pensamiento ilustrado como valores compatibles en la figura del “filósofo”, el hombre prototípico del siglo, quien debía reunir un gran corazón y una mente despejada. La Academia, pues, se asienta sobre ese sustrato innovador que ya en la madurez de la Ilustración integra racionalismo y sensualismo y que ofrece sus primeros frutos en la segunda mitad del XVIII. Buenas Letras de Sevilla recoge también desde sus orígenes el legado de las tertu-

lias de la Sevilla del Siglo de Oro – la de MalLara, la de Fernando de Herrera, la de Arguijo, la de Pacheco...- y se siente continuadora de la gran tradición lírica de la ciudad, a la que ha dedicado importantes estudios.

Pero ese bagaje histórico no puede ser más que el soporte que dé sentido a nuestros cometidos de hoy, en una permanente operación adaptadora de aquel espíritu a los problemas de nuestro tiempo. Desde sus orígenes la Academia recogió el impulso de los ilustrados europeos reflejado en la famosa metáfora de las Luces asociadas a la actividad del pensamiento.

Como dijo Leibniz, “nada más útil para conseguir la felicidad que la luz del intelecto, así como ejercitar la voluntad en actuar siempre según el intelecto”. Frase que refleja el peculiar optimismo ilustrado postulando el predominio de la razón como pauta de la conducta humana y garantía de felicidad. El término “luz”- tradicionalmente cargado de significaciones elevadas y espiritualistas- se convertirá ahora en la figuración poética de la actividad pensante. El 16 de abril de 1751, cuando se reúnen en la calle de los Abades los primeros integrantes de nuestra Academia aspirarán literalmente- a constituirse en “un centro de donde irradiase la luz del saber, en honra y provecho de las ciencias y de las letras patrias”. La “luz” ,también aquí, como imagen de la actividad intelectual, resultado de ese “Sapere aude!” (“¡Atrévete a pensar ¡”) en el que el filósofo Kant veía concentrado todo el sentido de la Ilustración.

Fiel a ese espíritu fundacional y a esa metáfora de la “luz”, la Academia ha contribuido a desvelar la historia de Sevilla, a diseñar su imagen más veraz, a asegurar su memoria, a custodiar su mejor patrimonio humanístico, a estudiar su tradición literaria, a dictaminar, cuando se le ha pedido, sobre asuntos relativos a sus cometidos, a asesorar a las instituciones públicas y privadas... Todo ello con el rigor y la imparcialidad siempre exigibles a la labor intelectual. En el siglo XVIII el término “Letras” (“Bellas Letras” o “Buenas Letras”) no tenía el sentido restrictivo que hoy tiene, pues recordaba todavía el valor latino y humanístico de la palabra “litteras”; desbordada incluso el campo de las que hoy llamamos “Humanidades” y recogía materias científicas como la Física, las Matemáticas o la Biología. Ello explica el carácter

enciclopédico de las labores de la Academia, que siempre ha contado entre sus miembros con especialistas de muy diversos campos del saber. Y que cuenta también, como es notorio, con una larga tradición de médicos humanistas y de profesionales del Derecho, aunque su más sostenida dedicación se haya centrado en el campo de la Historia y sobre todo de la crítica y la creación literarias. En el primero destacan, por ejemplo, las investigaciones anticuarias sobre Itálica y Tartessos; y en el segundo desde las obras de Alberto Lista, Forner, Trigueros o Blanco White hasta las de Rafael Laffón o Joaquín Romero Murube, pasando por las de Luis y Santiago Montoto, Manuel Chaves Rey, Benito Más y Prat, Manuel Cano y Cueto, Francisco Rodríguez Marín, Rafael Cansinos Asséns... y tantos otros, por citar sólo a algunas notables figuras del pasado.

Pero más allá de su estricta actividad investigadora de orden teórico, la Academia, incorporando desde el primer momento el impulso reformista y utilitario de los ilustrados, fue también decisiva en algunos aspectos prácticos de la vida de Sevilla. A través de las ideas de hombres como José de Cevallos o Cándido María Trigueros jugó un papel importante en la reforma de los estudios universitarios que siguió a la expulsión de los jesuitas en 1767 y que culminaría en el Plan de Pablo de Olavide, frustrado en un primer momento por los enemigos del Asistente pero que más tarde, en los primeros años del siglo XIX, terminaría renovando el sistema de provisión de cátedras y la estructura de las Facultades, propiciando luego el acceso a la enseñanza pública de notables académicos como Alberto Lista o Manuel María del Mármol, que llegaron a ser rectores de la Universidad. Otra de las reformas más reclamadas por los ilustrados – la del clero – fue asimismo propiciada por algunos miembros de la Academia, como el onubense Antonio Jacobo del Barco, perteneciente, como muchos de los primeros académicos, a la clerecía culta de signo progresista. Sin cruzar la raya de la ortodoxia cristiana, la Academia mantuvo en la España de los siglos XVIII y XIX un espíritu crítico y un aire de sano liberalismo intelectual que fueron y siguen siendo sus mejores credenciales.

Otra nota destacada de Buenas Letras de Sevilla ha sido la proyección que ha tenido más allá de los límites de nuestra ciudad

en algunos momentos de su trayectoria histórica. Nació tutelada y en estrecha relación con la Real Academia de la Historia, y contó luego entre sus miembros con importantes figuras de verdadero alcance nacional como Tomás Antonio Sánchez, Vicente García de la Huerta, Ramón de la Cruz, Tomás de Iriarte, Campomanes, Juan Antonio Llorente, Estébanez Calderón, Quintana, Argüelles, Hartzenbuch, Antonio Latour, y otros muchos.

Son esas notas de inquietud intelectual, seriedad investigadora y universalismo las que, convenientemente adaptadas a las exigencias de hoy, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras quiere seguir poniendo al servicio de Sevilla, consciente como somos del gran reto cultural que la ciudad tiene ante sí en estos momentos. Reto al que sólo se le puede hacer frente desde una visión de la cultura como patrimonio universal, desde la idea ilustrada del hombre como ciudadano del mundo, superadora de toda suerte de casticismo localista y de ese narcisismo ensimismado que tantas veces disuelve las energías en una adormecedora autocomplacencia. En ese sentido, el universalismo ilustrado que está en el origen de las academias no tiene nada de arcaico y mucho menos de regresivo. Por el contrario, tal vez pueda ser un buen antídoto contra la tentación aldeana en la que han terminado derivando muchas veces los nacionalismos de origen romántico. La traslación de ese espíritu cosmopolita al mundo de hoy da también sentido a la labor de las academias y reafirma su innegable vigencia. Y es en ese terreno en el que una institución como la nuestra puede cumplir cabalmente su misión.

Con su amorosa dedicación a los problemas de su ciudad y de su región, aquellos académicos de mediados del siglo XVIII hicieron compatible lo particular con lo universal, lo antiguo con lo moderno; insertaron su preocupación por Sevilla en el esquema general del pensamiento ilustrado, que entendía la cultura como un patrimonio común a todos los pueblos. Se anticiparon en cierto modo al ideal del más lúcido, en ese sentido, de los poetas españoles de nuestro tiempo, y el que más certeramente entendió el fondo cosmopolita de Sevilla y de Andalucía, Juan Ramón Jiménez, quien al formular la expresión de "El andaluz universal" se estaba oponiendo sutilmente a la exagerada vena castiza de algunos autores del 98.

Sevilla tiene tras de sí un patrimonio y una solera histórica nada comunes que hicieron grande a la ciudad justamente cuando más se abrió al mundo, y hoy es una gran metrópolis que no debe perder el tren de la modernidad apoyándose precisamente en esa dimensión global e integradora. Para ello ha de empeñarse sobre todo en conseguir un alto nivel en las realizaciones de base que sustentan el tejido cultural de la ciudad y posibilitan la creación de una masa social verdaderamente ilustrada: en el buen estado de sus bibliotecas, museos y salas de exposiciones; en la calidad de sus centros docentes, investigadores y culturales, de sus librerías; en la creación de focos editoriales de proyección nacional, en la existencia de una infraestructura teatral y musical de primer orden, en el cuidado de su patrimonio artístico-literario, en la promoción de sus escritores y artistas... Realizaciones sólidas y perdurables que tal vez carezcan del brillo inmediato de otras iniciativas más efímeras, pero que son las que en verdad aseguran la solidez cultural de una ciudad y por ende su futuro desarrollo. Tarea de gran calado en la que han de implicarse por igual las instituciones oficiales y la sociedad civil si Sevilla, sin desatender lo particular, quiere proyectarse más allá de sus límites y afrontar la dura competencia de otras grandes ciudades españolas que están apostando por esa misma línea.

En ese empeño por elevar los objetivos y los niveles de exigencia de una política cultural realmente ambiciosa, la Real Academia de Buenas Letras ha estado y seguirá estando como siempre al servicio de Sevilla. Los estrechos lazos que nos unen con nuestra ciudad y los servicios prestados a lo largo de estos 250 años han sido reconocidos hoy por su Excmo. Ayuntamiento, que al premiar a la Academia ha querido valorar también el mérito de cuantos con el estudio, la investigación y la creación literaria han servido y sirven noblemente a Sevilla. La Academia recibe agradecida este galardón como un estímulo que la reafirma en el sentido y utilidad de su tarea y como un signo de esperanza para el futuro.

*Rogelio Reyes Cano*  
Director de la Real Academia Sevillana  
de Buenas Letras